

viene dirigir todos nuestros deseos hácia el cielo, y la consideración de los bienes que allí nos están reservados, debe hacernos suspirar por la muerte, y al mismo tiempo inducirnos á llevar una vida mortificada y laboriosa para hacernos dignos del reyno celestial. »

También recomendaba mucho el trabajo de las manos, y sobre todo á los jóvenes religiosos ; « Pues, decía, no basta velar sobre su espíritu y sobre su corazón para rechazar los dardos de la tentación ; también es necesario domar el cuerpo con el trabajo para someterlo á la razón, como la razón debe estar sumisa á Dios ; seamos, añadía, los imitadores de san Pablo ; no nos contentemos con no estar ociosos, trabajemos con el mismo ardor que él, y pidamos, por decirlo así, en nuestro trabajo á este gran Apóstol que nos preste sus manos, quien, como él decía, no solamente había trabajado para su propio servicio más aún para el de los otros. ¿ No sería vergonzoso para nosotros, que mientras los hombres del mundo no se contentan con mantener á sus familias de su trabajo, sino que también pagan los diezmos á la Iglesia y el tributo al Príncipe, trabajásemos con tanta negligencia, que ni siquiera tuviésemos con que hacer caridad á los otros? »

Además que prohibía el hablar en la iglesia, sobre todo en el tiempo de la celebración de los divinos Misterios, también quería que se guardase silencio en el refectorio en tiempo de la comida. No permitía á los jóvenes religiosos que ayunasen más de lo que prescribía la regla por su propia voluntad, ya á fin de evitar la vanidad que se introduce algunas veces en las prácticas particulares, aunque buenas por otra parte. Por esto decía que les valía más no saturarse al comer, que ayunar cuando los otros no lo hacían ; que era aquella una manera de abstinencia muy loable y útil ; y de ellos exigía aún más, que combatiesen sus pasiones con la práctica de las virtudes de la humildad, mo-

deración, discreción, oración, y sobre todo de la obediencia, que los hacía tan conformes á Jesucristo. Les daba estas instrucciones diariamente y con tanta dulzura, caridad y bondad, que todos acudían á él con una perfecta confianza ; descubriéndole cuanto tenían en su interior, hasta sus pensamientos más secretos.

Mientras san Eutimio se ocupaba tan útilmente en la santificación de sus religiosos, Dios le dió una nueva misión para la salud de muchos infieles : y para tomar con su historiador la cosa en su origen, los magos de Persia habiendo excitado una persecución contra los cristianos de este país, resolvieron circuirlos á todos para hacerles perecer. Al efecto fué ordenado á todos los gobernadores de las fronteras que hicieran guardar con gran cuidado todos los caminos, á fin de que ningún sacerdote pudiese salir del Estado y salvarse en las tierras de los Romanos.

Entre estos gobernadores había uno llamado Aspeveto, Griego de nación, quien estaba al frente de una tribu de Sarracenos sujeta á este imperio. Recibió la misma orden que los otros, pero quedó horrorizado ; y compadecido de la desgracia de tantas gentes de bién, en lugar de detenerlos les facilitó el medio de salvarse. Esto llegó á conocimiento de los magos, quienes lo consideraron como un crimen delante del rey ; de manera que Aspeveto temiendo su crueldad, tomó la resolución de salvarse con su familia y sus parientes, llevando consigo cuanto pudo de sus bienes, y fué á refugiarse en las tierras de los Romanos. Anatolio, prefecto de Oriente, le conservó el mismo grado que tenía en Persia, y le hizo gobernador del cantón de los Sarracenos de la Arabia, que estaban sujetos á los Romanos. Tenía un hijo llamado Terebón, paralítico de un lado, cuya curación Dios reservó á san Eutimio.

Quando, pues, estuvo en Arabia, Terebón, reflexionando una noche sobre su triste situación, se dijo á si mismo :

« ¿ De qué me han servido los remedios de los Persas y de los Griegos ? ¿ Qué he conseguido con todos esos encantamientos de los magos, sus invocaciones, y con sus operaciones astrológicas cuya eficacia tanto se pregonaba ? Se vé bien que no son más que bagatelas, ilusiones, cuentos despreciables, y que todo depende de Dios, quien solo ha criado y gobierna el universo. » Haciendo estas reflexiones dirigió sus preces á Dios, y le suplicó con mucho fervor le curase de su parálisis, prometiéndole que si le hacía esta gracia se haría cristiano.

A esto se durmió insensiblemente, y durante su sueño vió en insomnio á un monje que tenía la barba larga y espesa y los cabellos blancos, quien le interrogó sobre la naturaleza de su enfermedad, y le preguntó si tenía voluntad de cumplir cuanto había prometido á Dios. Terebón le aseguró que lo cumpliría de todo su corazón ; y el monje le respondió : « Yo soy Eutimio, yo moro en una soledad que dista diez millas de Jerusalén, al Oriente y cerca de un torrente, sobre el camino que conduce á Jericó ; venid allí, yo rogaré por vos y Dios os curará. » El enfermo se despertó al momento y relató á su padre la visión que había tenido en ensueño. Aspeveto no dudó que fuese milagrosa. Reunió á muchos Sarracenos y con ellos condujo á su hijo á la caverna de san Eutimio, sobre los indicios que de él había tenido en el ensueño. Los religiosos del monasterio viendo venir tantos bárbaros quedaron de momento horrorizados ; pero Teutista los reanimó, se adelantó audazmente hácia la multitud preguntando que querían. « Queremos hablar á Eutimio, dijo Aspeveto. » — « Ahora no es posible, replicó Teutista, porque está retirado y no comparecerá hasta el sábado próximo. » Entonces Aspeveto le presentó á su hijo paralítico de la mitad del cuerpo, á quien dijo que declarara la visión que había tenido. Terebón la detalló á Teutista como lo acabamos de referir, y éste, juzgando que

la cosa interesaba demasiado la gloria de Dios para dejarla ignorar por más tiempo á san Eutimio, fué á relatarlo. El Santo creyó como él que esta visión venía de Dios y que debía servir á su gloria ; dejó, pues, su retiro sin dificultad. Así fué á encontrar á los Sarracenos, y después de haber dirigido sus votos á Dios con mucho fervor y hecha la señal de la cruz sobre el enfermo, quedó instantáneamente curado.

El milagro no podía ser más evidente. Los bárbaros quedaron por él tan tocados, que puede decirse, según la juiciosa opinión de Cirilo, que la curación de su alma fué tan instantánea como lo fué la parálisis de Terebón. Se echaron de rostro á la tierra penetrados hasta el fondo del alma de fé y admiración, y conjuraron al santo Abad que los recibiera á todos en el número de los cristianos. Eutimio, no creyó deber usar de dilación ; hizo preparar una piscina en un rincón de la caverna, que aun subsistía en tiempo del monje Cirilo, y bautizó primeramente á Aspeveto, cuyo nombre cambió en el de Pedro ; en seguida á Maris, hermano de la mujer de Aspeveto ; después á Terebón, y sucesivamente á los otros Sarracenos. Los tuvo cuarenta días en su compañía para instruirlos en la fé y en los deberes del cristianismo, y les dió cuantos consejos juzgó necesarios para sostenerlos en el culto del verdadero Dios y en la sólida piedad, después de lo cual los despidió en paz. Pero Maris tío de Terebón, no quiso volver más al mundo ; dió sus bienes al monasterio y tomó el hábito religioso.

Mientras tanto la noticia de este milagro atrajo á san Eutimio un gran número de enfermos que le llevaban de todas partes, quienes hallándose curados por sus oraciones, extendían cada día más su reputación ; de suerte que no solo las soledades vecinas y la Palestina, más aún las otras provincias fueron sabedoras de ello. Su humildad no lo pudo sufrir por más tiempo, y su amor al retiro le hacía

cada día mas molesta la afluencia de gente de que se hallaba como asediado. Sobre lo cual se debe admirar la diferencia que se halla entre los sentimientos de los santos y los de los viciosos de la tierra. Estos no buscan más que la gloria pasajera, y aún muchas veces á espensas de la probidad y de la justicia ; aquellos por el contrario la oyen sinceramente, porque sólo desean la gloria de Dios, á quien tratan únicamente de agradar : argumento luminoso de nuestra religión. Sólo de ella es propio el tener verdaderos santos, y la verdad es su carácter distintivo, porque viene de Dios quien es la verdad misma.

San Eutimio se determinó, pues, á cambiar de morada y á retirarse al desierto de Rubán. Se cree ser este aquél en que Nuestro Señor ayunó cuarenta días, y que para honrar su penitencia muchos solitarios acudían á el para pasar la cuaresma en retiro. Del mismo se habla en las Vidas de san Juan el Silenciaro, de san Sabas, de san Gerásimo, de san Quiriaco ; y los modernos lo llaman el desierto de la cuarentena. Sin embargo su designio no fué tan secreto que Teutista no lo penetrase. De ello advirtió á los religiosos del monasterio que al momento se le presentaron para suplicarle que no los abandonase, haciéndole presente la necesidad que tenían de su presencia, y que si los abandonaba, el enemigo de la salud no faltaría en prevalerse de ello en perjuicio de su alma. Cedió á sus instancias, pero fué por poco tiempo ; despues del cual cogió uno de sus discípulos llamado Domiciano, y se dirigió hácia el mar Muerto, desde donde pasó á una alta montaña separada de las otras, que se cree ser aquella desde la cual el demonio mostró á Jesucristo los reinos del mundo prometiendo que se los daría si quería adorarle (Matth. 4-8). Allí encontró un pozo, las ruinas de algunos edificios, donde habiendo construido un oratorio y levantado un altar, moró algún tiempo, no nutriéndose más que de yerbas que

crecían en este lugar. Quiso después ir á ver en el desierto de Zifón, llamado en la Escritura el desierto de *Engaddy* (I Reg. 24), la cueva donde David se había ocultado cuando huía de la persecución de Saúl. Este lugar le pareció propio para su atractivo, por ser muy solitario ; pero Dios, quien tenía otras miras que las de tenerlo oculto, no permitió que allí permaneciese largo tiempo desconocido.

Había en una aldea poco apartada de este lugar un joven poseido del maligno espíritu que le atormentaba cruelmente. Sus padres oyeron que en lo recio de sus tormentos pronunciaba con frecuencia el nombre de Eutimio. No tuvieron necesidad de buscar mucho para informarse de quien era este Eutimio, resonando toda la Palestina por el eco de sus maravillas. Le condujeron, pues, su hijo ; pero á medida que avanzaban el demonio, que sentía la virtud del Santo, le instigaba á huir, hasta que conducido por fuerza, este malvado huésped le causó una violenta sacudida cuando estuvieron cerca del Santo, y salió de su cuerpo con este último esfuerzo de su furor.

Todos los países del rededor fueron al momento sabedores de este prodigio. Satisfechos por poseer en su vecindario á un hombre tan favorecido de Dios, le construyeron un monasterio que bien pronto se encontró lleno de sujetos empeñados en ponerse bajo su direccion. Este milagro no fué el único que hizo. Su historiador añade que no solamente los demonios eran obligados á ceder á la fuerza de sus oraciones, sino que también ejercía su poder sobre las serpientes y sobre las bestias más crueles, tanto en este lugar como en todas partes.

Si las maravillas que obraba eran gravosas á su modestia á causa del concurso de gente que le atraían, tuvo el consuelo de volver á la fé en estos lugares á algunos solitarios que se habían comprometido en la detestable secta de los Maniqueos. Pero viendo que la afluencia de los que iban

á verle, bien lejos de disminuir iba siempre en aumento, quiso huir de nuevo y se puso en camino con su discípulo Domiciano para volver á san Teutista. Aun no se había alejado una legua del monasterio cuando descubrió un sitio muy propio para satisfacer el deseo que tenía de vivir solo, en el cual se quedó.

San Teutista, quien muy pronto fué sabedor de ello, se le presentó, y esta entrevista se pasó por una y otra parte con esas demostraciones de amistad fraternal y de puro regocijo que la verdadera caridad de Jesucristo inspira á los santos. Le instó á que volviera al monasterio; pero san Eutimio le rogó que le dejara guardar su soledad, y que se contentara con que fuese á él todos los domingos para asistir con los hermanos á los sagrados Misterios.

La noticia de su llegada llegó también hasta Aspeveto, gobernador de los Sarracenos á quien había bautizado y llamado Pedro. Este reunió toda la gente de esta nación que pudo, de toda edad, sexo y condición, y se los condujo á fin de que participasen de los bienes espirituales, que él mismo había recibido de su celo y de su caridad. El Santo no pudo verlos venir con tan buenas intenciones sin bendecir al Señor. Los acogió á todos con muestras de bondad y de alegría, lo que les abrió aún más el corazón para recibir sus lecciones todas celestiales. Los condujo al monasterio de san Teutista; los dispuso para la regeneración, los bautizó y permaneció siete días con ellos volviendo después á su retiro.

Aspeveto, quien veía que allí nada había para las comodidades de la vida, y que estaba expuesto á todas las injurias del aire, hizo que le edificasen tres pequeñas celdas, una cisterna y un oratorio á fin de que tuviese todo aquello de que necesitaba. Sin embargo, este pueblo á quien había instruído en la fé y regenerado con el bautismo, no podía abandonarlo, tanto estaba consolado y animado por su

santa palabra, y él no podía decidirse á renunciar á su soledad creyendo haber dado lo suficiente á la caridad en aquello que había hecho por ellos. Pero en fin, para satisfacer sus piadosos deseos, les señaló un sitio entre su monasterio y el de san Teutista, donde les trazó el plan de una iglesia y de las casas que allí debían construir á fin de formar una aldea, lo que fué bien pronto ejecutado.

Allí les visitaba con frecuencia para conservarlos en los buenos sentimientos que les había inspirado; y continuó lo mismo hasta que les hubo procurado un sacerdote y diáconos para el servicio de su iglesia. Allí moraban con mucha alegría, fortificados con sus exhortaciones y muchos otros Sarracenos fueron á unirse con ellos; de suerte que creciendo todos los días su número, creyó deber dar conocimiento de ello á Juvenal patriarca de Jerusalén, para rogarle les ordenara un obispo. Al efecto le envió á Aspeveto ó Pedro, y el patriarca lo escogió para primer obispo de este lugar.

El Santo, siempre más deseoso de guardar su retiro, no se cargaba de discípulos, y por esta razón no construía monasterio ni laura; y cuando alguno se le presentaba para abrazar el estado monástico, le enviaba á Teutista. Pero Dios, quien para su mayor gloria quería que tomase de nuevo la dirección de muchos religiosos, le manifestó sus designios y le hizo nacer la ocasión de ejecutarlos. Había tres jóvenes de Capadocia, que eran hermanos, llamados Cosme, Crisipo y Gabriel, quienes, despues de haberse ejercitado en la Siria en el estudio y en la piedad, fueron á la montaña para pedirle les recibiera bajo su disciplina. Su edad, y sobre todo la de Gabriel que era el más joven de todos, le hizo temer que no podrían vivir en la misma austeridad que él practicaba, y aparte la resolución que había formado de no tener discípulos con él, juzgó también que siendo hermanos, el amor natural que los

unía entre sí les haría tomar parte de una manera demasiado humana en aquello que les interesaba recíprocamente; lo que le sería un motivo de disipación y de solicitud que les resfriaría el espíritu de recogimiento, y á él mismo le preocuparía demasiado. Les hizo, pues, entender que no podía hacer lo que deseaban, y no obstante los retuvo con él hasta el día siguiente.

En la noche tuvo una visión durante el sueño, en la cual vió un personaje que le dijo: « No reparéis en recibir cerca de vos á esos tres hermanos que se os han presentado, pues es Dios que os los ha enviado; recibid también á aquellos que vengan por el mismo objeto. » Eutimio reconociendo por esta visión la voluntad de Dios, llamó á estos jóvenes, les declaró lo que Dios le había hecho conocer y los retuvo cerca de él; pero advirtió á Cosme, el más viejo de los tres, cuidara de que Gabriel, su hermano más joven, no saliera ligeramente de su celda, haciéndole ver las consecuencias. Enseguida esclarecido por el espíritu de profecía, le pronosticó muchas cosas que debían sucederle con el tiempo, y entre otras que no permanecería largo tiempo en este lugar por que sería hecho obispo de Escitópolis.

Después de esta fecha recibió sin dificultad á todos aquellos que iban á ponerse bajo su dirección. Entre estos se nombran á Domno, nieto de Juan, obispo de Antioquía y natural de esta ciudad; tres hermanos naturales de Melitena y primos de este Sidonio de quien había recibido su primera educación, como lo hemos dicho al principio. Se llamaban Estéfano, Andrés y Gayán. También se nombra Juan, sacerdote de Raita; Anatolio y Talasio; Cirión de Tiberiades, sacerdote de la iglesia de san Basilio martir en Escitópolis, y también á muchos otros, por los cuales rogó á Aspeveto que tuviera á bien hacer construir celdas y una iglesia, lo que formó en poco tiempo una laura que en nada cedió á la del desierto de Farán.

Cuando la iglesia estuvo concluida, el patriarca Juvenal desde Jerusalén fué allí con san Pasarión, obispo auxiliar, y Hesiquio, sacerdote, para hacer la dedicación. Al mismo tiempo elevó á Domiciano y Domno al diaconado; y ya había ordenado de sacerdotes á Juan y Cirión; de suerte que esta nueva iglesia quedó provista de santos ministros para el servicio del altar. San Eutimio tenía el corazón colmado de alegría al ver el grande bien que esto iba á producir en su laura para la salud y el consuelo de los hermanos. Aun la experimentaba mayor por la presencia de Pasarión y de Hesiquio, quienes brillaban como dos astros, dice el monje Cirilo, entre los Ascetas. Y este historiador, añade, que Pasarión murió en una extrema vejez después de esta dedicación, y que san Eutimio no tenía entonces más que cincuentidos años.

Dios, que quería ser servido de un modo especial por los religiosos de esta nueva laura, bien pronto hizo resplandecer en ella las maravillas de su misericordia y de su poder por medio de su siervo.

Al principio probó su fidelidad con la paciencia, permitiendo que en cierta ocasión se hallasen sin provisión. En este tiempo cuatrocientos Armenios que volvían de Jerusalén, se extraviaron, y como si hubiesen sido expresamente guiados por alguno que marchase á su cabeza, se dirigieron derechito á la laura. El Santo dijo á su discípulo Domiciano, á quien había encargado de lo temporal, que les hiciera preparar comida; pues los veía en extremo fatigados. Domiciano le hizo presente que bien lejos de estar en estado de hacerlo, apenas había en la laura con que nutrir á los hermanos aquel día; pero el Santo, cuya fé era muy viva, dijo que fuera á la despensa y vería que el poder de Dios hace más en un momento de lo que el hombre puede imaginar.

¡ Oh maravilla de la gracia de Jesucristo ! exclama el